

cialidad. Dejé de ver al padre Castel, y por consiguiente á los jesuitas, pues á él solo conocía. Por otra parte el espíritu tiránico é intrigante de sus cofrades, tan diferente de la hombría de bien del buen padre Hemet, me alejaba tanto de su trato que no me he relacionado con ningún otro desde entonces, exceptuando al padre Berthier, á quien vi dos ó tres veces en casa del señor Dupin, con quien trabajaba con todas sus fuerzas en la refutación de Montesquieu.

Acabemos, para no acordarnos más de ello, con lo que me resta decir del señor de Montaigu. En nuestras disputas le había dicho que no le convenía un secretario, sino un pasante de procurador. Él siguió este parecer y realmente me dió por sucesor uno muy largo de manos, que en menos de un año le robó veinte ó treinta mil libras. Le echó, le hizo poner preso, echó igualmente á sus gentiles-hombres vergonzosamente y con escándalo; dió motivo á mil querellas, recibió afrentas, que no sufriría el menor criado, y á fuerza de locuras acabó por ser destituido de su empleo. Á lo que parece, en medio de las reprensiones que recibió de la corte no quedó olvidado el asunto que tenía pendiente conmigo; á lo menos poco tiempo después de su regreso, me envió su maestresala para saldar mi cuenta y darme dinero. En aquellos momentos me hallaba necesitado; mis deudas de Venecia, deudas de honor si las hay, pesaban sobre mi corazón como losa de plomo, y aproveché el medio que se me presentaba para desembarazarme de ellas, así como del pagaré de Zanetto Zani. Tomé lo que quisieron darme; pagué todas mis deudas y me quedé sin blanca, como antes, pero aliviado de un peso que me era insostenible. Desde entonces no he oído hablar más del señor de Montaigu hasta que por la voz pública supe su muerte. ¡Dios tenga en su santa gloria á este pobre hombre! Tan propio era para el cargo de embajador como lo había sido yo en mi infancia para el de procurador. Sin embargo sólo de él dependió poder

sostenerse honrosamente por medio de mis servicios, y hacerme adelantar rápidamente en la carrera á que el conde de Gouvón me había destinado en mi juventud, y para la cual me había hecho apto por mí mismo en edad más avanzada.

La justicia é inutilidad de mis clamores dejaron en el fondo de mi alma un germen de indignación contra nuestras estúpidas instituciones civiles, en que el verdadero bien público y la verdadera justicia quedan siempre sacrificadas á no sé qué orden aparente, destrucción real de todo orden, que sólo sirve para agregar la sanción de la autoridad pública á la opresión del débil y á la iniquidad del fuerte. Dos cosas concurrieron para impedir que por entonces se desarrollara ese germen como lo ha hecho posteriormente; la primera que en este asunto se trataba de mí, y que el interés privado, que jamás ha producido nada grande y noble, no hubiera sido capaz de producir en mi corazón los heroicos esfuerzos que sólo es capaz de producir en mi corazón el más puro amor de lo justo y de lo bello; fué la otra la dulzura de la amistad que templaba y calmaba mi cólera por medio del ascendiente de un sentimiento más dulce. Había conocido en Venecia á un vizcaíno amigo de mi querido Carrio, y digno de serlo de todo hombre de bien. Este amable joven, nacido para poseer todos los talentos y todas las virtudes, acababa de recorrer la Italia para adquirir el gusto de las bellas artes; y pareciéndole que nada más tenía que adquirir, quería volverse en derechura á su patria. Yo le dije que las artes no eran más que un descanso para un ingenio como el suyo, apto para el cultivo de las ciencias; y le aconsejé que para aficionarse á ellas fuese á vivir seis meses en París. Me creyó y fué allá, donde me esperaba cuando llegue.

Su habitación era sobrado grande para él y me ofreció la mitad, que acepté. Halléle en el fervor de los grandes conocimientos. Nada estaba fuera de su alcance; todo lo devoraba digieria con prodigiosa rapidez. ¡Cuánto me agradeció haber

procurado este alimento á su espíritu, atormentado por la necesidad de saber sin que lo sospechase él mismo! ¡Qué tesoro de luces y de virtudes encontré en esta alma de temple fuerte! Conoci que era el amigo que me convenia, y llegamos á ser íntimos. Nuestros gustos no eran iguales, siempre estábamos disputando; tercos ambos, jamás estábamos acordes en punto alguno, y sin embargo no podíamos separarnos; y mientras sin cesar nos hacíamos la oposición, ninguno de los dos hubiera querido que el otro fuese de distinta manera.

Ignacio Manuel de Altunia era uno de esos hombres raros que sólo produce España aunque demasiado pocos para su gloria. No tenía esas pasiones violentas nacionales, comunes, en su país; la idea de la venganza no podía entrar en su mente como tampoco podía tener cabida en su corazón el deseo de la misma. Era demasiado altivo para ser vengativo, y le he oído decir muchas veces con la mayor sangre fría que ningún mortal podía inferir una ofensa á su alma. Era galante sin ser tierno; jugaba con las mujeres como si fuesen lindas criaturas. Se divertía con las queridas de sus amigos, mas nunca le vi tener ninguna ni desearla tampoco. El fuego de la virtud que su corazón alimentaba, jamás permitió que brotara el de sus sentidos.

Acabados sus viajes, se casó; murió joven dejando hijos, y estoy persuadido como de mi propia existencia de que su mujer fué la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor. En lo exterior era devoto á la española, mas en su interior tenía la piedad de un ángel. Á no ser yo mismo, no he visto en la vida otra persona más tolerante que él; jamás se informó de cómo pensaba nadie en materias de religión. Que su amigo fuese judío, protestante, turco, santurrón ó ateo poco le importaba, con tal que fuese hombre de bien. Obstinado, testarudo en materias de poca importancia, desde el momento que se trataba de religión y aun de moral, se con-

tonía y callaba, ó decía simplemente: *no tengo que ocuparme sino de mí.*

Parece increíble que pueda aunarse tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta la minuciosidad. De antemano fijaba la distribución del día por horas, cuartos de hora y minutos, y seguía esta distribución tan escrupulosamente que, si hubiese dado la hora en el momento en que estaba leyendo una frase, hubiera cerrado el libro sin acabarla. Para cada cosa tenía su tiempo señalado: para la meditación, para la conversación, para el oficio divino, para Locke, para el rosario, para las visitas, para la música, para la pintura; y no había placer, ni tentación, ni complacencia capaz de alterar este orden; sólo hubiera podido alterarlo el tener que cumplir con un deber. Cuando me refería la lista de su distribución á fin de que yo hiciese lo propio, empezaba por reirme y acababa por llorar de admiración. Nunca molestaba á nadie ni toleraba ninguna molestia; y se mostraba brusco con todos los que por cortesía querían molestarle. Sin ser colérico, era mohino. Le he visto á menudo acalorado, pero nunca enfadado. Nada tan alegre como su carácter; sabía aguantar las bromas y le agradaba darlas; es más, brillaba en ellas y hasta tenía el talento del epigrama. Cuando le animaban, era vocinglero y hasta escandaloso de palabra; su voz se oía de lejos, pero al paso que gritaba, se le veía sonreír; y á lo mejor, en medio de sus arranques, se le ocurría alguna frase chistosa que hacía reír á todo el mundo; no tenía ni el color ni la calma de los españoles; su cutis era blanco, las mejillas sonrosadas, el cabello de un castaño casi rubio. Era alto y bien formado. Su cuerpo estaba formado para contener su alma.

Este hombre, profundo lo mismo de corazón que de cabeza, distinguía á los hombres y fué mi amigo. Es cuanto respondo á quien quiera que no lo sea. De tal suerte nos unimos, que proyectamos vivir juntos. Á la vuelta de algunos años debía yo

pasar á Azoitia para vivir con él en sus tierras. La víspera de su partida, arreglamos todos los detalles de este proyecto. Sólo faltó lo que no depende de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los acontecimientos posteriores, mis desastres, su casamiento, y, en fin, su muerte, nos separaron para siempre.

Diríase que sólo logran buen resultado los miserables complots de los malvados; los inocentes proyectos de los buenos casi nunca se cumplen.

Habiendo tocado de cerca el inconveniente de la dependencia, prometíme no exponerme nunca más á ella. Habiendo visto desmoronarse desde su principio los proyectos de ambición que las circunstancias me habían hecho forjar, desanimado en cuanto á entrar en la carrera que tan bien había comenzado y de la cual, como quiera que sea, acababa de ser expulsado, resolví no ligarme á nadie, sino conservar mi independencia sacando partido de mis conocimientos, cuyo valor comenzaba á conocer al fin y que hasta entonces había juzgado con harta modestia.

Emprendí de nuevo el trabajo de mi ópera, que había interrumpido para ir á Venecia; y, á fin de dedicarme á ello con más tranquilidad, cuando se hubo marchado Altuna, me alojé nuevamente en mi antigua fonda de San Quintín, que, situada en un barrio solitario y no lejos del Luxemburgo, me era más cómodo para trabajar á mis anchas que la ruidosa calle de Saint-Honoré. Allí me esperaba el único consuelo real que me ha concedido el cielo en medio de mi desgracia, y el único que me la hace soportable. Ésta no es una relación pasajera, y es conveniente que entre en algunos detalles acerca el modo de adquirirla.

Teníamos una nueva patrona natural de Orleans, que tomó para trabajar en la ropa blanca una paisana suya de unos veinte y dos á veinte y tres años, la cual comía con nosotros. Esta joven, llamada Teresa Le Vasseur, era de buena familia,

hija de un oficial de la fábrica de moneda de Orleans y de una tendera, los cuales tenían muchos hijos. No funcionando ya la casa de moneda de Orleans, quedó su padre sin empleo; y la madre, después de haber sufrido grandes pérdidas comerciales, dejó el comercio y se vino á París con su marido é hija que mantenía á los tres con su trabajo.

La primera vez que vi aparecer á esta joven en la mesa me maravilló su aspecto modesto y más aún su mirada viva y dulce que para mí jamás tuvo semejante. Había en la mesa además del señor Bonnefont varios abates irlandeses, gascones y otra gente de igual estofa. Nuestra huésped también había llevado una vida algo desarreglada y allí era yo la única persona que hablaba y obraba con decencia. Empezaron á fastidiar á la muchacha; yo tomé su defensa é inmediatamente llovieron sobre mí las pullas y los sarcasmos. Aun cuando no hubiese sentido naturalmente ninguna inclinación hacia la pobre joven, la compasión y la contradicción me la habrían inspirado. Siempre me ha atraído la modestia en las palabras, sobre todo en el sexo débil; por consiguiente, vine á ser abiertamente su campeón. La vi sensible á mis cuidados, y sus miradas animadas por el agradecimiento que no osaba expresar con palabras fueron todavía más penetrantes.

Ella era muy tímida, yo lo mismo. Las relaciones que esta común disposición parecía alejar, se establecieron sin embargo con gran rapidez. La patrona, que lo echó de ver, se puso furiosa; y sus brutalidades acrecentaron más aún mi ascendiente sobre el ánimo de la muchacha, que, no teniendo otro apoyo que yo en toda la casa, me veía salir con pesar y suspiraba por la vuelta de su protector. La correspondencia de nuestros corazones y el concurso de nuestras disposiciones produjeron bien pronto su natural efecto. Ella creyó ver en mí un hombre honrado, y no se equivocó; yo creí ver en ella una oven tierna, sencilla y sin coquetería, y tampoco me equivoqué.

De antemano le declaré que jamás la abandonaré aunque no me casaría tampoco. El amor, la estimación y la candorosa sinceridad fueron los agentes de mi triunfo; y fui afortunado sin ser emprendedor, porque su corazón era honesto y tierno.

El temor que se apoderó de ella de que yo me incomodase no hallando lo que creía que yo deseaba, retardó mi felicidad más que otra cosa alguna. La vi cortada y confusa antes de entregarse, querer explicarse y no atreverse á ello. Lejos de dar con la verdadera causa de su inquietud, imaginé otra muy falsa y afrentosa para su conducta; y creyendo que ella me advertía que mi salud corría riesgo, caí en una perplejidad que no me contuvo, pero que envenenó mi felicidad durante muchos días. Como no nos entendíamos uno á otro, nuestras conversaciones en este punto eran otros tantos enigmas y baturrillos completamente risibles. Ella estuvo á punto de creerme completamente loco, yo próximo á no saber qué pensar de ella. Al fin nos explicamos; ella me confesó llorando una falta única cometida apenas salida de la infancia, fruto de su ignorancia y de la habilidad de un seductor. Así que la he comprendido lancé un grito de alegría: virginidad, exclamé, ¿se puede buscar en París á los veinte años? ¡Ah! Teresa mía, ya soy hartó afortunado poseyéndote prudente tal cual eres, y sana, aunque no halle lo que no buscaba.

Al principio no me había propuesto encontrar más que un pasatiempo; mas luego vi que había hecho algo más y me había proporcionado una compañera. Un poco de trato con esta excelente joven y el reflexionar sobre mi situación, me hicieron conocer que pensando sólo en mis placeres había ganado mucho para mi felicidad. En lugar de la extinguida ambición necesitaba otro sentimiento que llenase mi corazón. En una palabra, necesitaba una sucesora de mamá; puesto que no debía ya vivir con ella, necesitaba alguien que viviese con su discípulo y reuniese la sencillez y docilidad de corazón que

ella había hallado en mí. Era preciso que la dulzura de la vida privada y doméstica me indemnizaran del brillante porvenir á que renunciaba. Cuando vivía enteramente solo, estaba mi corazón vacío; pero no se necesitaba más que otro corazón para llenarlo. La suerte me había quitado, enajenado, á lo menos en parte, aquel que la naturaleza había formado para mí, y desde entonces yo estaba solo, pues para mí no había término medio entre todo y nada. En Teresa hallé el suplemento que necesitaba; por su medio viví feliz cuanto podía serlo atendido el curso de los acontecimientos.

Al principio, me propuse formar su inteligencia, mas fué tiempo perdido. Su capacidad era lo que la naturaleza la había hecho; el cultivo y el trabajo no le servían de nada. No me avergüenzo de confesar que nunca ha sabido leer bien, á pesar de que escribe regularmente. Cuando fui á vivir en la calle Neuve-des-Petits-Champs en la fonda de Pontchartrain, frente á mis ventanas había un cuadrante en el cual me esforcé durante más de un mes en hacerle conocer las horas; hoy día apenas las conoce. Jamás ha podido seguir el orden de los meses del año, y no conoce una sola cifra, no obstante todo el cuidado que he puesto para enseñárselas. No sabe contar el dinero ni el precio de nada. La palabra que se le ocurría hablando, era á menudo la opuesta á lo que quería expresar. Tiempo atrás hice un diccionario de sus frases para divertir á la señora de Luxemburgo, y sus quid-pro-quos han sido célebres en las reuniones que he frecuentado. Sin embargo, esta persona tan limitada, y si se quiere tan estúpida, raciocina de un modo excelente en las ocasiones difíciles. Á menudo, en Suiza, en Inglaterra, en Francia, en las catástrofes que he sufrido, ella ha visto lo que yo mismo no veía; me ha dado los mejores consejos, me ha sacado de peligros en que yo ciegameamente me precipitaba, y ante las damas del más elevado rango, ante los grandes y los príncipes, sus sentimientos, su buen sentido, sus

respuestas y su conducta, le han granjeado la estimación universal; y á mi parabienes, de cuya sinceridad no podía dudar, sobre su mérito

Junto á las personas amadas, el sentimiento nutre la inteligencia lo mismo que el corazón y se tiene poca necesidad de buscar otros órdenes de ideas. Vivía con mi Teresa casi tan agradablemente como si fuese el más bello ingenio de la naturaleza. Su madre, orgullosa por haberse criado al lado de la marquesa de Mompiveau, se preciaba de ilustrada, quería dirigirla, y con su astucia echaba á perder la sencillez de nuestras relaciones. El fastidio de esta importunidad me hizo vencer algún tanto la necia vergüenza de no presentarme en público con Teresa; juntos dábamos pequeños paseos campestres y hacíamos meriendas deliciosas. Vea que me amaba sinceramente y esto redoblaba mi ternura. Esta dulce intimidad me bastaba y el porvenir ya no me importaba nada, ó por lo menos no lo consideraba más que como una prolongación del presente, y sólo deseaba asegurar su duración.

Por causa de este sentimiento hallé superfluas é insipidas todas las demás disipaciones. No salía más que para ir á casa de Teresa, que vino á ser casi la mía, y esta vida retirada fué tan ventajosa para mi trabajo, que en menos de tres meses concluí mi ópera, letra y música. Sólo faltaban algunos acompañamientos y partes accesorias, trabajo material que me aburría. Propuse á Philidor si quería hacerlo dándole una parte en los beneficios. Vino dos veces é hizo algunos accesorios en el acto de Ovidio; más no pudo halagarle un trabajo tan asiduo con la perspectiva de una ganancia lejana y aun incierta. No vino más, y yo mismo terminé mi tarea.

Terminada la obra, era preciso sacar de ella algún provecho: otro trabajo mucho más difícil todavía. En París nada consigue el que se halla aislado. Pensé abrirme camino por medio del señor de la Poplinière, á quien me había presentado Gauffecourt.

á su regreso de Ginebra. Era aquél el Mecenas de Rameau, y su mujer su más humilde alumno. Rameau era, como vulgarmente se dice, el todo en aquella casa. Creyendo que tendría gusto en proteger una obra de un discípulo suyo, quise mostrársela, mas él no quiso mirarla, diciendo que no podía leer partituras porque se fatigaba demasiado. Á esto La Poplinière dijo que podía hacérsela oír y me ofreció reunir los músicos necesarios para ejecutar algunos trozos. No deseaba yo otra cosa. Rameau consintió en ello gruñendo y repitiendo sin cesar que debía ser cosa muy linda una composición de un hombre que no pertenecía al gremio teatral y que se había aprendido la música él solo.

Yo me apresuré á disponer cinco ó seis trozos escogidos. Diéronme una docena de músicos, y Albert, Berard y la señorita Bourbonnais fueron los cantores. Desde la introducción comenzó á dar á entender con sus exagerados elogios que no podía ser mía. No dejó pasar un solo trozo sin dar muestras de impaciencia; mas en un aria de contralto, cuyo canto era vigoroso y sonoro, y muy brillante el acompañamiento, no pudo contenerse y me apostrofó con una brutalidad que asustó á todo el mundo, sosteniendo que una parte de lo que acababa de oír debía ser obra de un maestro consumado y lo demás de un ignorante que apenas sabía de música. Y es la verdad que mi trabajo desigual y sin arte tan pronto era sublime como trivial, como debe serlo el de cualquiera que sólo posea arranques de genio y no se halle sostenido por la ciencia. Rameau pretendió no ver en mí más que un plagiario falto de gusto y de talento, pero los demás presentes y sobre todo el dueño de la casa no fueron del mismo parecer. El señor de Richelieu, que por aquel entonces visitaba mucho al señor y, como es sabido, á la señora de Poplinière, oyó hablar de mi trabajo y quiso oírlo completo, teniendo el propósito de presentarlo á la corte si le gustaba. Se ejecutó á grandes coros y á toda

orquesta, á expensas del rey en casa de Bonneval, intendente de los gastos menores. Francœur dirigia la orquesta. Produjo un efecto sorprendente; el señor duque no cesaba de lanzar exclamaciones y aplaudir; y al concluirse un coro en el acto del Tasso se levantó y, viniendo hacia mí, me apretó la mano diciendo: «Caballero Rousseau, esa es una armonía que entusiasma, jamás he oído nada más bello, y quiero que esta obra se represente en Versailles. La señora de la Poplinière, que estaba presente, no dijo palabra. Rameau no quiso venir, aunque fué invitado.

Al siguiente día la señora de la Popliniere me recibió en su cuarto con marcada dureza, afectó rebajar mi obra y me dijo que si bien había alucinado al señor de Richelieu un poco de oropel ya se había desengañado, y ella me aconsejaba que no fundase esperanzas en mi obra; mas habiendo llegado poco después el duque, me habló en términos muy distintos y me pareció siempre dispuesto á hacer ejecutar mi obra delante del rey. «Lo único que no puede pasar en la corte, me dijo, es el acto del Tasso, que se habrá de cambiar.» Por sólo estas palabras fui á encerrarme en mi casa, y en tres semanas compuse en lugar del Tasso otro acto, cuyo asunto era Hesiodo inspirado por una musa, donde hallé medio de introducir una parte de la historia de mis conocimientos y de la emulación con que Rameau queria tener la bondad de honrarlos. Había en este acto una elevación menos gigantesca y mejor sostenida que en el del Tasso; y si los otros dos actos hubiesen estado á la altura de éste, toda la obra habría sostenido ventajosamente la representación; mas cuando lo estaba acabando, suspendió otra empresa la realización de ésta.

(1745. á 1747.)

Durante el invierno siguiente á la batalla de Fontenoy hubo en Versailles muchas fiestas y entre ellas se dieron varias óperas

en el teatro des Petites-Ecuries. Una de éstas fué el drama de Voltaire titulado la *Princesa de Navarra*, cuya música habia compuesto Rameau y que acababa de ser cambiado y reformado bajo el nombre de *las Fiestas de Ramiro*. Este nuevo asunto exigía varios cambios en el antiguo, así en el verso como en la música. Tratábase de hallar alguien que llenase este doble objeto. Voltaire, que se encontraba entonces en Lorena, y Rameau estaban por entonces ocupado ambos en la ópera *el Templo de la Gloria* y no podían distraerse en esto. El señor de Richelieu pensó en mí y me hizo proponer tomarlo á mi cargo; á fin de que pudiese examinar mejor lo que habia que hacer, me envió por separado el poema y la música. Ante todo no quise tocar nada en el verso sin la aquiescencia de su autor, y á este fin le dirigí una carta muy atenta y hasta respetuosa, como correspondia. He aquí su respuesta, cuyo original consta en el legajo A. núm. 1.

« 13 de diciembre de 1743.

» Vos reunís dos talentos que hasta ahora siempre han existido separados. He aquí ya dos poderosos motivos para que os aprecie y procure quereros. Siento por vos que los empleéis en una obra que vale poco. Hace algunos meses, el señor duque de Richelieu me dió orden de que le hiciese imprescindiblemente en un abrir y cerrar de ojos un mal bosquejo de algunas escenas insipidas y truncadas que debian ajustarse á trozos musicales que no les correspondian. Obedeci con la mayor exactitud; lo hice muy aprisa y muy mal. Remití este miserable croquis al duque contando con que no serviría ó con que á lo menos podría corregirlo antes. Afortunadamente se halla en vuestras manos y os dejo dueño absoluto; yo no me acuerdo más de ello. No me cabe duda

» de que habréis rectificado todas las faltas escapadas necesariamente en la composición tan rápida de un simple bosquejo, y que habréis suplido á todo.

» Me acuerdo de que, entre otros descuidos, no indiqué en estas escenas, que enlazan los intermedios de música, cómo pasa la princesa granadina de una prisión á un jardín ó palacio. Como no es un mágico el que la festeja, sino un magnate español, me parece que nada debe hacerse por arte de encantamiento; así pues, os ruego que tengáis la bondad de revisar este pasaje de que sólo conservo un confuso recuerdo. Ved si es necesario que se abra la prisión y que desde ella se haga pasar á nuestra princesa á un magnífico palacio dorado y brillante preparado para ella. Ya sé muy bien que todo esto es muy mezquino y que está muy por debajo de un ser racional la idea de tomar esas bagatelas como cosas de importancia; pero en fin, ya que se trata de desagradar lo menos posible, preciso es hacerlo del modo más razonable que se pueda, aun cuando se trate de un mal intermedio de ópera.

» Me entrego completamente á vos y al señor Ballot, en la seguridad de tener que daros en breve las gracias y reiteraros hasta qué punto tengo el honor de ser, etc. »

Nadie se sorprenda al ver la gran cortesía de esta carta, comparada con las otras semidescomedidas que posteriormente me escribió. Había creído que yo privaba mucho con el señor de Richelieu, y la elasticidad cortesana que todo el mundo le reconoce le obligaba á tener muchos miramientos con un neófito, hasta que conoció mejor la extensión de su crédito.

Autorizado por el señor de Voltaire y dispensado de todo miramiento con respecto á Rameau, que no procuraba más que fastidiarme, me puse á trabajar, y en dos meses estuvo concluida la tarea. En cuanto á los versos, modifiqué poca cosa.

Sólo procuré que no se notara la diferencia de los estilos, y tuve la presunción de creer haberlo logrado. Pero en cuanto á la música, mi trabajo fué más largo y más penoso. Además de que tuve que hacer varios trozos preparatorios, entre ellos la introducción, todo el recitado que tuve encargo de componer resultó de una dificultad extrema, por cuanto era preciso enlazar á menudo con pocos versos y modulaciones muy rápidas, sinfonías y coros escritos en tonos muy distantes; pues á fin de que Rameau no me acusase de haber desfigurado sus cantos, no quise cambiar ni transportar ninguno. Salí airoso de este recitado; estaba bien acentuado, lleno de energía, y sobre todo excelentemente modulado. La idea de los dos hombres superiores á quienes se habían dignado asociarme, levantó mi inspiración; y puedo envanecerme de que en ese trabajo ingrato y sin gloria, que el público debía hasta ignorar, me sostuve casi siempre á la altura de mis modelos.

La obra, tal cual yo la había dejado, fué representada en el teatro de la Ópera. De los tres autores sólo yo me hallé presente: Voltaire estaba ausente y Rameau no vino ó se ocultó. El primer monólogo era muy lúgubre; he aquí el primer verso: «Oh muerte, ven á cortar de mis desdichas el hilo...» Fué preciso ponerle una música adecuada. Sin embargo, en esto fundó su censura la señora de la Poplinière, acusándome agríamente de haber hecho música de entierro. El señor de Richelieu empezó juiciosamente por enterarse de quién era el autor de este monólogo. Yo le presenté el manuscrito que él mismo me había enviado y probaba que era de Voltaire. «En este caso, dijo, sólo él tiene la culpa.» Durante la ejecución todo lo que era mío fué sucesivamente condenado por la señora de la Poplinière y aprobado por de Richelieu; mas como al fin tenía que habérmelas con enemigo fuerte por demás, se me indicó que debía modificar muchas cosas en mi trabajo sobre las cuales preciso era consultar á Rameau. Lacerado por seme-

jante conclusión en vez de los elogios que esperaba y ciertamente me eran debidos, me retiré con el corazón angustiado. Caí enfermo, extenuado de fatiga, devorado por el despecho; y en seis semanas no me hallé en estado de salir de casa.

Rameau, que estuvo encargado de las modificaciones indicadas por la señora de Poplinière, me mandó pedir la introducción de mi grande ópera, para sustituirla á la que yo acababa de componer. Afortunadamente presumí la zancadilla y la rehusé. Como no faltaban más que cinco ó seis días para la representación, no hubo tiempo para componer otra, y tuvioroz que dejar la mía. Estaba compuesta al gusto italiano muy nuevo por entonces en Francia; sin embargo agradó, y supe por medio del señor de Valmalette, maestresala del rey, y yerno del señor Mussard, pariente y amigo mio, que los inteligentes estaban muy satisfechos de mi trabajo y que el público no lo había distinguido del de Rameau. Pero éste, de acuerdo con la señora de la Poplinière, tomó sus medidas para evitar que se supiese que yo había trabajado en aquella obra. En los cuadernos que se distribuyen á los espectadores y en que siempre constan los autores, no se nombraba más que á Voltaire; y Rameau prefirió que se suprimiese su nombre á verle asociado con el mio.

Así que pude salir de casa, fui á visitar al señor de Richelieu; más llegué tarde, pues acababa de partir para Dunquerque, donde debía mandar el embarque destinado para Escocia. Á su vuelta, dije para mis adentros y para disculpar mi pereza, será demasiado tarde. No habiéndole visto más desde entonces, he perdido el honor de mi trabajo y los honorarios que debía producirme; y el tiempo, el trabajo mi melancolía, mi enfermedad y el dinero que me costó, todo cargó sobre mi sin proporcionarme un sueldo de beneficio, ó mejor de resarcimiento. No obstante, siempre he creído que Richelieu me tenía afecto y que había formado un concepto ventajoso de mis méritos; pero

mi infortunio y la señora de la Poplinière impidieron los efectos de su buena voluntad.

Yo no podía comprender la aversión de esta mujer, á quien me había esforzado en agradar y á quien hacía con regularidad la corte. Gauffecourt me explicó las causas. «Primera-mente, me dijo, su amistad con Rameau, de quien es la primera encomiadora, y que no quiere aguantar ningún competidor; y además, añadió, tenéis un pecado original que á sus ojos os condena y no os perdonará jamás, y es el ser ginebrino.» En seguida me explicó que el abate Hubert, que lo era, y amigo verdadero del señor de la Poplinière, se había esforzado para evitar que se casara con esta mujer, á quien conocía muy bien; y que después del casamiento le había jurado un odio implacable, así como á todos los ginebrinos. «Aunque la Poplinière, añadió, os aprecie, como me consta, no contéis con él, porque está enamorado de su mujer; ella os odia, es ruin y hábil; no adelantaréis nunca nada en esa casa.» Yo no eché el consejo en saco roto.

El mismo Gauffecourt me prestó luego un gran servicio. Acababa de perder á mi virtuoso padre, á los sesenta años de edad, pérdida que sentí entonces menos que en otro tiempo cualquiera en que la estrechez de mi situación no me hubiese preocupado tanto. Mientras vivió, no quise reclamar lo que restaba de los bienes de mi madre y de los cuales percibía él una pequeña renta. Ya no tuve escrúpulo ninguno después de su muerte, mas la falta de prueba jurídica de la muerte de mi hermano ofrecía una dificultad que Gauffecourt se encargó de remover y que obvió en efecto, valiéndose de los buenos servicios del abogado de Lolme. Como yo necesitaba en gran manera estos recursos, y como el resultado de mis gestiones era dudoso, esperaba la nueva definitiva con viva ansiedad. Una noche al entrar en mi casa hallé la carta que debía contener esta noticia y la cogí para abrirla con un temblor de im-

paciencia, de que me avergonzaba yo mismo. ¿Y qué, me dije con desdén; Juan Jacobo debe dejarse subyugar á tal extremo por el interés y la curiosidad? y en seguida dejé la carta sobre la chimenea, me desnudé, me acosté tranquilamente; dormí mejor que de ordinario, y al día siguiente me levanté bastante tarde, sin pensar ya en mi carta. Mientras me estaba vistiendo, la eché de ver, abrila sin apresurarme y hallé una letra de cambio. Tuve á la vez varias satisfacciones, pero la más viva fué la de haber sabido vencerme á mí mismo. Podría citar muchos otros rasgos semejantes en mi vida, pero tengo que apresurarme demasiado para poderlo decir todo. Envié una pequeña parte de este dinero á mi pobre mamá, recordando con las lágrimas en los ojos aquellos felices tiempos en que lo hubiera puesto todo á sus pies. En todas sus cartas se traslucía la estrechez en que se hallaba; me enviaba montones de recetas y secretos con que pretendía que yo hiciese mi fortuna y la suya. El sentimiento de su miseria le oprimía ya el corazón y apocaba su ánimo. Lo poco que yo le envié fué presa de los bribones que la asediaban. No sirvió de nada: esto hizo que me aburriese de partir con aquellos miserables lo que necesitaba bastante para mí, sobre todo después de la última tentativa que hice para arrancarla de sus manos, como veremos más adelante.

Se deslizaba el tiempo y con él el dinero. Eramos dos y aun cuatro, ó por mejor decir, éramos siete ú ocho, pues aun-que Teresa era desinteresada como pocas, no sucedía lo mismo con su madre. Así que se vió algo repuesta por mi buen cuidado, llamó á toda su familia para gozar del fruto. Hermanas, hijos, hijas, nietas, todos vinieron, excepto su hija mayor casada con el director de las carrozas de Angers. Cuanto había por Teresa quedaba destruido por su madre, que lo aplicaba al servicio de aquellos hambrientos. Como no tenía que habér-

melas con una insaciable, y como no me hallaba subyugado por una pasión loca, no cometía locuras. Contento con tener modestamente á Teresa, sin lujo y al abrigo de las necesidades más apremiantes, consentía en que su madre se aprovechase de todo lo que ella ganase con su trabajo, y aun no me limitaba á esto; mas por una fatalidad que me perseguía, mientras mamá era presa de unos bribones, Teresa lo era de su familia, y yo me veía privado de hacer nada por ninguna de aquellas á quienes quería.

Era bien singular que la menor de las hijas de la señora Le Vasseur, única que no había tenido dote, fuese la única también que mantuviese á sus padres, y después de haber sufrido largo tiempo que le pegasen sus hermanos, hermanas y hasta sus sobrinas; esa pobre muchacha se veía ahora despojada por ellos, sin que pudiese escapar del saqueo más fácilmente que habia escapado de los golpes. Sólo una de sus sobrinas, llamada Gotón le Duc, era bastante amable y de un carácter bastante dulce, aunque maleado por el ejemplo y por las lecciones de los otros. Como las veía juntas muy á menudo, les daba los nombres con que se llamaban entre sí; llamaba *sobrino* á la sobrina, y *tía* á la tía. Ambas me llamaban tío. De aquí el nombre de tía con el cual he continuado nombrado á Teresal y que á veces mis amigos repetían en tono de broma.

Como se comprende, en semejante situación, no tenía que, perder momento para salirme de ella. Persuadido de que el señor de Richelieu me había olvidado, y no esperando ya nada de la corte, hice algunas tentativas para que se representase mi ópera en París: mas hallé dificultades que exigían mucho tiempo para vencerlas, y yo me hallaba cada día más apurado. Entonces se me ocurrió presentar á los Italianos mi pieza *Narciso*, la admitieron y tuve entrada libre, lo que me fué muy agradable; mas aquí paró todo. Jamás pude conseguir que se representara, y fastidiado de hacer la corte á los comediantes,

lo dejé así. En fin, eché mano del único recurso que me quedaba y único en que hubiera debido pensar. Frecuentando la casa del señor de la Poplinière, me había olvidado de la de Dupin. Aunque parientes, las dos señoras estaban disgustadas y no se trataban; no había relación ninguna entre las dos casas, y sólo Thieriot seguía asistiendo á ambas. Éste se encargó de procurar llevarme de nuevo á casa del señor Dupin. El de Francueil se dedicaba entonces á la historia natural y la química, y organizaba un gabinete. Creo que aspiraba á la Academia de ciencias, á cuyo fin quería componer un libro, y creyó que yo podría servirle para este trabajo. Por su parte la señora Dupin, que también tenía intento de componer un libro, tenía respecto á mí poco más ó menos el mismo designio. Hubieran querido tenerme en común como una especie de secretario, y éste era el objeto de los convites de Thieriot. Yo exigía de antemano que el señor de Francueil emplease su influencia con Yelyote para hacer ensayar mi trabajo en la ópera. Habiendo consentido en ello, *las Musas galantes*, se ensayaron primero varias veces en el almacén y después en el gran teatro. En el ensayo general había mucha gente, y varios trozos fueron muy aplaudidos. Sin embargo, durante la ejecución, muy mal dirigida por Rebel mismo, conocí que no pasaría, y hasta que no se hallaba en estado de ser representada sin grandes correcciones. Así es que la retiré sin decir una palabra por no exponerme á una negativa; pero claramente vi por varios indicios que no hubiera pasado aunque hubiese sido perfecta. El señor de Francueil me había prometido hacerla ensayar, mas no hacerla recibir, y me cumplió lo prometido. Así en esta ocasión como en otras muchas, siempre he creído ver que ni él ni la señora Dupin hacían nada que pudiese favorecerme para la adquisición de alguna reputación en el mundo, quizás por miedo de que al ver sus libros se supusiese que se habían valido de mis conocimientos. Sin embargo, como la señora Dupin ha creído siempre

que los míos eran muy limitados, y como nunca me ha empleado en escribir sino bajo su dictado, ó en investigaciones de pura erudición, este reproche, sobre todo en cuanto á ella, hubiera sido injusto.

(1747 á 1749.)

Este último desengaño acabó de anonadarme. Abandoné todo proyecto de ambición y de gloria; y sin pensar más en los talentos verdaderos ó vanos con que tan poco prosperaba, dediqué el tiempo y consagré mis cuidados á procurar la subsistencia para mí y para Teresa por los medios que quisieran los que se encargaran de ampararme. Por consiguiente, me consagré completamente á la señora Dupin y al señor de Francueil. Esto no me proporcionó vivir con opulencia; pues con ocho ó novecientos francos anuales que tuve los dos primeros años, apenas me bastaba para cubrir las primeras necesidades, obligado como estaba á vivir en un cuarto amueblado y vecino á su casa, en un barrio bastante caro, pagando otro alquiler en la extremidad de París á lo último de la calle de Santiago, donde iba á cenar casi todas las noches aunque hiciese mal tiempo.

Pronto me acostumbré y hasta me aficioné á mis nuevas ocupaciones, sobre todo, á la química; seguí varios cursos con Francueil en casa del señor Rouelle, y nos pusimos á emborronar escribiendo sobre esta ciencia, cuando apenas conocíamos sus elementos.

En 1747 fuimos á pasar el otoño en Touraine, en el castillo de Chenonceaux, casa real sobre el Cher, levantada por Enrique II para Diana de Poitiers, donde todavía se veían sus cifras, y actualmente posesión del señor Dupin, asentista general. En este sitio estuvimos muy divertidos, se comía muy bien y yo engordé como un fraile. La música estaba á la orden